

## Monseñor del Portillo, Nuevo Presidente General del Opus Dei

*El pasado día 15 de septiembre Monseñor Alvaro del Portillo y Diez de Sollano fue elegido por unanimidad —171 votos de los 172 miembros del Congreso General— sucesor de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer en la Presidencia del Opus Dei. Por razones estatutarias de la Universidad de Navarra, Mons. del Portillo se convierte en su segundo Gran Canciller.*

*Quienes conocían la estrecha vinculación del actual Presidente del Opus Dei con su Fundador, a cuyo lado se había formado a lo largo de cuarenta años de lealtad excepcional, que era en última instancia una fidelidad exquisita a la Voluntad de Dios, no se ha sorprendido por el resultado de la elección. Al contrario, han podido ver cómo, una vez más, actuaba el “carisma de normalidad” que alguien ha señalado como característico de la Asociación que hoy preside Monseñor del Portillo.*

*En una colaboración que publicamos a continuación de don Javier Echevarría —que, a su vez, sucede a don Alvaro del Portillo en la Secretaría General de la Asociación— se ofrece una información de primerísima mano sobre el nuevo Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Sería presuntuoso pretender una valoración o una semblanza que alcanzara la profundidad de ésta debida al doctor*

*Echevarría. Pero no debemos dejar en olvido la presencia de Monseñor del Portillo en las páginas de NUESTRO TIEMPO.*

*En noviembre de 1955 (núm. 17 de la revista) publicó Monseñor del Portillo su primer estudio en NUESTRO TIEMPO sobre La formación humana del sacerdote. Tres años más tarde (mayo de 1958, núm. 47) volvió a colaborar en la revista con el trabajo El estado actual de los Institutos seculares. En octubre de 1966 (núm. 148) ofrecimos su artículo El laico en la Iglesia y en el mundo. Y, finalmente, en mayo de 1973 (núm. 227 de la revista) publicamos la introducción que escribió para el volumen de homilias de Monseñor Escrivá de Balaguer, Es Cristo que pasa.*

*También, cuando se publicó la obra de Monseñor del Portillo Fieles y laicos en la Iglesia (Ediciones Universidad de Navarra, EUNSA, 1969, 318 págs.), nuestro colaborador Joaquín Alonso Pacheco se ocupó de reseñarla (NUESTRO TIEMPO, núm. 187), y en el núm. 201 de la revista Pedro Santibáñez prestó atención a su libro Escritos sobre el sacerdocio (Palabra, Madrid, 1970, 156 págs.).*

*La colaboración que ahora ofrecemos de don Javier Echevarría, que tantos años convivió con el Fundador del Opus Dei y con Monseñor del Portillo, ofrece una información tan abundante y unas sugerencias tan provechosas, que —lejos de animarnos a comentarla— nos sentimos movidos a recomendar vivamente su lectura.*

No hace todavía tres meses, fallecía Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei y primer Presidente General. El 26 de junio de 1975 terminaba su vida en la tierra un sacerdote de Dios, sacerdote cien por cien, como quiso ser. Al estupor por la muerte inesperada —nada presagiaba este desenlace—, se sucedía en el corazón de muchos miles de personas un

dolor inmenso, un dolor sereno y esperanzado, porque lo mitigaba la seguridad de que, junto a la Trinidad Beatísima, el Padre nos miraba, veía aún con más profundidad en nuestras almas, seguía velando por la Obra de Dios.

Pienso que todos los que le conocíamos sentíamos un cariño sin límites hacia su persona, hacia su magisterio en servicio de la Iglesia y de las almas; y cabía deducir que de ahí arrancaba la gran tristeza que nos embargaba. Después, con la visión más tranquila que facilita el transcurso del tiempo, he entendido que nuestro dolor ha sido especialmente fuerte porque hemos comprendido —cada uno dentro de sí— la magnitud con que nos quería el Padre, pasando su cariño por el Corazón Sacratísimo de Jesús y por el Corazón Inmaculado de María. Le hemos visto, día a día, desbordarse en delicadezas por las almas todas: no era el nuestro, era su cariño el que contaba.

Cuántos recuerdos se acumulan en la memoria. Ahora, sólo quiero detenerme en dos detalles que encierran un tesoro de vida bien gastada por Dios y por su Iglesia Santa. En más de una ocasión, hemos escuchado de su voz cálida, amable: *cuando yo me muera, no pasará nada en el Opus Dei*. ¡Qué bien se ajustan estas palabras a su figura, a esa figura que con el paso de las horas se agiganta! Tenía conciencia de que había recibido una riqueza del Cielo —*la Obra es de Dios*— y, mientras el Señor le concediera la vida, su ocupación ha sido la del *administrador fiel*: cuidar de que esa semilla naciera; que fuera creciendo con fuerza, *al paso de Dios*; que llegara a ser árbol frondoso, cuya sombra transmitiera a las almas el frescor de la gracia divina. Y el Señor, nuestro Padre de infinita misericordia, le ha concedido ver qué bien marchaba ya el Opus Dei en el mundo.

En otros momentos, y no exagero si afirmo que podríamos contarlos a millares, le hemos visto extender sus manos, pidiendo la limosna de oraciones para ser un sacerdote *bueno y fiel*. Sí, solamente *bueno y fiel*, la fórmula con que el Maestro califica al amigo, al servidor leal que no ha abandonado su puesto.

¿Por qué me he detenido ahora en estas dos anécd-

tas? Porque las veo claramente significativas. Han transcurrido apenas tres meses del fallecimiento de Mons. Escrivá, y —me parece lógico— no han faltado las hipótesis —las noticias— sobre su sucesión como Presidente General. Para tantos, con hambre de fantasías, no entraba en sus elucubraciones la naturalidad sobrenatural de la realidad. Se ha llorado la desaparición de su Fundador, y se ha operado en los corazones de sus socios una nueva conversión —en profundidad y dentro de esas conversiones que han de ser continuas en el alma que camina hacia Dios—, para seguir con mayor empeño el camino de amor a Dios que se abrió en 1928. Se ha continuado trabajando con más fe, con paz, con más seguridad. Debía ocupar el cargo de Presidente General la persona que Dios quisiera: que no entraban aquí ni las corrientes, ni las orientaciones, ni los grupos. No entraban sencillamente porque en el Opus Dei no los hay, y porque en el Opus Dei los cargos son cargas, y nadie dedica a Dios su vida entera, renunciando a tantas cosas, para andar luego mendigando un poco de gloria humana al precio, además, de responsabilidad tan onerosa. Con naturalidad, yo diría que como fruto unánime de la oración de la Obra, se ha elegido al nuevo Presidente General, D. Alvaro del Portillo.

*Pedid para que sea bueno y fiel*, nos repetía con insistente machaconería Mons. Escrivá de Balaguer. Un buen modo de adentrarse por caminos de vida interior consiste en materializar las escenas del Evangelio, meternos en aquellos pasajes o trasladarlos a nuestra situación actual, porque vieja y nueva es la vida del cristiano, y viejo y nuevo será siempre el Evangelio. Yo sé que el Padre fue *bueno y fiel*, y todos hemos visto a su lado, a lo largo de tantos años, la figura de otro sacerdote *bueno y fiel*. Días atrás, escuchaba un suceso que refleja lo que he afirmado. D. Alvaro del Portillo, como Secretario General del Opus Dei, a la muerte de nuestro santo Fundador, nos dirigió una carta, era la carta del hermano mayor, que carga gustosamente con el peso que antes llevaba el que hacía cabeza. La leyó un padre de familia —socio de la Obra—, y su comentario agradecido se tradujo en pocas palabras: *estamos en buenas manos*.

Tiene D. Alvaro del Portillo 61 años, y cuarenta de vocación al Opus Dei, vividos con intensidad cerca del Fundador. Dice la Escritura Santa que la mejor joya que adorna a un hijo es el cariño a su padre. Y todos recordamos a D. Alvaro del Portillo bien unido a Mons. Escrivá de Balaguer, a la hora del dolor y a la hora del trabajo, al tiempo de poner el hombro y al tiempo de ayudar sin aparecer; como le recordamos también feliz, emocionado, embebido en la conversación del Fundador durante sus correrías apostólicas.

Era todavía estudiante en la Escuela de Ingenieros de Caminos, cuando se cruza en su camino la llamada de Dios. Y, para servir a Dios, dedica sus horas de estudio, sacando con prestigio varios títulos universitarios, pues ha aprendido que son medios para llegar a más almas. En aquella época, cuando las carreras de las Escuelas Especiales absorbían las horas de los futuros ingenieros, sabe encontrar el modo de coordinar su trabajo y su apostolado. El Opus Dei, ya con sus rasgos bien determinados por su Fundador, había iniciado su desarrollo apostólico por España y Portugal. Todos los brazos son pocos; se hace necesario multiplicarse, espoleados y arrastrados por el celo de almas que consume al Fundador. Robando tiempo al descanso, durmiendo en los vagones que les llevan a otras ciudades, con escasez de medios materiales, van sembrando a manos llenas la semilla de Dios, la semilla del Opus Dei.

D. Alvaro del Portillo acompaña casi siempre al Padre, asentando las bases de nuevas labores apostólicas, participando en el gobierno de la Asociación. Son años de crecimiento, en los que gente de los más distintos ambientes —profesionales, universitarios, trabajadores, enfermos de hospitales, etc.— reciben esa enseñanza clara de que pueden y deben santificarse donde están. Resumir en cifras esta labor resulta imposible: nunca se ha pretendido hacerlo, y lo que se busca no es el número; es simplemente el servicio a Dios y a las almas.

*No lo he escogido yo, lo ha puesto el Señor a mi lado,* había comentado, del nuevo Presidente General del Opus Dei, su Fundador. No cabe olvidar que el Señor cuando proyecta una obra, la que sea, elige El los ins-

## Notas

trumentos —*elegit quos ipse voluit*, dice el Evangelio al recoger el nombre de los Apóstoles—, y les prepara para cumplir su tarea. Queda de nuestra parte esa libertad de corresponder más o menos a la gracia. D. Alvaro del Portillo, consciente de la responsabilidad, que descubre ya en los primeros años de su vocación, ha correspondido con un *más* a la urgencia del cielo, y ha aceptado con gustosa entrega el papel de ayudar fidelísimamente a Mons. Escrivá de Balaguer.

Todavía metido en sus afanes profesionales —modos de oración y de apostolado, repito—, en 1943 se traslada a Roma. Lleva un encargo preciso del Fundador: exponer al Santo Padre la vida de la Obra, ese trabajo en servicio de la Iglesia, del Papa, de las almas, que necesita ya una cristalización jurídica, para aprovechar mejor la fuerza espiritual que desarrolla.

Acudió a aquella Audiencia con el uniforme de gala de Ingeniero de Caminos. Lo exigía el protocolo de entonces, pero además ese pequeño detalle recogía un aspecto del nuevo y viejo mensaje del Opus Dei: santificar el trabajo ordinario, ejercitando todos los deberes y todos los derechos, ya que de ordinario no suele ser justo esquivar ninguno. Había en el Opus Dei mucho amor de Dios y pocos medios terrenos —sigue ocurriendo ahora lo mismo—, y D. Alvaro se dirigió al Vaticano a pie: *è un ammiraglio!*, es un almirante, comentaba la gente. S. S. Pío XII escuchó, por primera vez de labios de un socio del Opus Dei, la nueva muestra de amor que Dios había tenido con los hombres, enviando su Obra a la tierra. Y volvió a España con el aliento y la bendición del Padre común para los anhelos de Mons. Escrivá de Balaguer.

En el año 1944, D. Alvaro del Portillo, con otros dos socios del Opus Dei, recibe en Madrid la ordenación sacerdotal. Es importante que nos detengamos en este momento, que hace resaltar la fe gigante de Mons. Escrivá de Balaguer, y la lealtad enorme de las mujeres y de los hombres que se habían lanzado generosamente por el mismo camino. Había pasado muy poco tiempo desde el comienzo, y aquellos tres profesionales, con unas posibilidades inmensas de abrirse camino en la vida y de ayudar económicamente con holgura, dejan to-

do para cumplir con otra tarea. Visto con ojos humanos, de más de una boca se escapó la convicción de que era una locura; y, efectivamente, era una *locura divina*, que fiaba todo en Dios: lo demás, vendría por añadidura.

D. Alvaro arrumba sus títulos de Ingeniero de Caminos, de Doctor en Historia, de Ingeniero técnico, sus horas de estudio y de trabajo profesional —¡tantas!—, y, sin perder su mentalidad de hombre de letras y de ciencia, se dedica por entero a su ministerio sacerdotal, al paso que continúa en su ayuda a la dirección general del Opus Dei. Inician los años de su predicación intensa, de confesiones, de dirección espiritual, y siente la urgencia de Dios como sacerdote, contemplando de cerca la dedicación del Padre. Sabemos que, durante la mayor parte de su vida, la oración de D. Alvaro, con distintos tonos, se ha resumido en esa frase: *Señor, te pido lo que te pide el Padre*. De esta unidad de oración, fácilmente se deduce cómo habrá vivido su sacerdocio, cargando desde luego con su responsabilidad y con su iniciativa personal: de acuerdo con el espíritu con que lo vivía el Fundador del Opus Dei, *sacerdote*, por encima de todo.

Primero en España y en Portugal, más tarde en Italia, luego en países de Europa, D. Alvaro con su sacerdocio ha ido haciendo el Opus Dei. A través de su tarea, cuántas almas han sentido de cerca —¡tan total es su enlace con el Fundador!— la presencia inmediata del Padre. Cariño, simpatía, afabilidad, ...todas sus dotes humanas, revitalizadas por el espíritu de la Obra y fortificadas con el ejercicio de las virtudes sobrenaturales, se ponen al servicio de su ministerio. Y me parece significativo un hecho: en todos los ambientes, muchas personas traban amistad con D. Alvaro del Portillo; ninguna de ellas han sido sólo amigos de este sacerdote: siempre se han visto atraídos, a través de ese trato, a Dios, a la Obra, al Fundador.

Durante su estancia romana, que arranca de 1946, D. Alvaro del Portillo obtiene el Doctorado en Derecho Canónico, con la máxima calificación. Me importa destacar un aspecto de su vida en la Ciudad Eterna. Muy pronto es conocido en los Dicasterios de la Santa Sede;

y, quizá porque han descubierto el afán de servicio que le anima y sus cualidades intelectuales, inmediatamente recibe peticiones de asesoramiento, de colaboración... Muy largo sería aquí enumerar sus aportaciones, y ya se ha recogido abundantemente en otros escritos. Su colaboración abnegada durante los tres últimos pontificados es conocida por todos. Trabajando en silencio, sirve a la Iglesia como Consultor de varias Congregaciones, como Secretario de la Comisión del Clero y Pueblo cristiano durante el Concilio Vaticano II, como miembro de muchas comisiones pontificias, etc., etc., pero sirve a la Iglesia siendo especialmente fiel a su vocación. Yo entiendo que los que formamos parte de la Obra, habremos dirigido muchas veces la mirada a su vida, a su trabajo. Entiendo también que ninguno habrá envidiado estas responsabilidades que le han tocado vivir, pues es honda la persuasión en todos de que, por nuestra vocación, cualquier lugar es importantísimo para servir a la Iglesia, sin servirse de la Iglesia, que éste es nuestro único deseo.

Hemos mirado esa vida, ese trabajo, y habremos pedido al Cielo que sepamos tener la misma y delicada fidelidad; ese abandonarse, con todo el bagaje, en manos del Señor, para que El pueda manifestar a través de nuestras vidas sus *magnalia*, sus maravillas de amor hacia la humanidad.

Los hombres, al hablar de Dios o de su acción en las criaturas, tropezamos invariablemente con las limitaciones de nuestra inteligencia y con la pobreza de la palabra, incapaces de reflejar con la riqueza suficiente la profunda hondura de lo divino. Saboreamos el amor de Dios, su bondad, su misericordia... y, a la hora de exponer lo que entrevemos, nos invade el convencimiento de que no es sólo eso: El es mucho más, infinitamente más. Así, aun sabiendo que me quedo corto en la afirmación, muy corto, me atrevo a asegurar que en esta concurrencia providencial de vidas —la de Mons. Escrivá de Balaguer y la de D. Alvaro del Portillo— Dios ha derramado su gracia a raudales, y la respuesta de los dos ha sido plena, incondicionada.

¿No resulta impresionante, conmovedor, que el Padre, apenas nacido el Opus Dei, rezara ya con inmenso



cariño por el que le sucediera? Muy intensas eran su fe, su humildad y su convicción de instrumento, pues ya desde los comienzos siente ansias de dar con íntegra fidelidad lo que del Señor ha recibido. Dedicó su existencia —sus cuarenta y siete años como Presidente General— a transmitir el mensaje de Dios, cuidando y velando día y noche por sus hijos. Entre los hombres fieles que le escuchan, heroicamente fieles, D. Alvaro del Portillo deja actuar en su alma a la gracia divina, a través de esas enseñanzas: vive lo que ve vivir; reza como ve rezar; ama a Dios, a la Iglesia, al Papa, a las almas, como ve amar cada jornada a Mons. Escrivá de Balaguer. Guarda en su corazón un patrimonio de precioso valor, que ha informado y que informa todo su quehacer. Ciertamente, en el Opus Dei, se ha cerrado la etapa de la fundación, y comienza una nueva, pero sin solución de continuidad.

A partir del 26 de junio, mientras ha permanecido en Roma, diariamente ha acudido D. Alvaro del Portillo a rezar junto a la tumba de Mons. Escrivá de Balaguer. Sumido en la oración, o rezando el Santo Rosario, es seguro que en su conversación con Dios, poniendo como intercesores a la Santísima Virgen, a San José, a nuestro Fundador, exponía sus ocupaciones, su renovado deseo de servir fielmente a la Iglesia, a las almas, a la Obra. Con este sacerdote, que no tiene otro empeño que el de ser *bueno y fiel*, la pregunta sobre *qué va a pasar ahora* está ya contestada: seguimos trabajando como antes, implorando también como antes la bendición de Dios.

JAVIER ECHEVARRÍA

---

## Guía de caminos de Antonio Machado

Es imposible verter en cuatro páginas el río interior de este poeta. Por eso, estas líneas quieren ser sólo una